



El enfado de las niñas

Mariasun Landa¹

España/País Vasco

Interpretando el tema que se nos propone en esta mesa redonda como una reflexión sobre el tema del tratamiento del género en la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), se han dado cita en mí la feminista que no se avergüenza de serlo, la profesora de LIJ en la Universidad del País Vasco y la escritora que tiene detrás suyo más de 35 publicaciones dirigidas al público juvenil. Tres voces que no son muchas ante la complejidad de la cuestión, voces que se entrecruzan, se interpelan y quizás se contradicen.

De todas formas, he querido poner orden y jerarquía entre ellas y he decidido que sea la voz de la escritora quien coja la palabra, vehicule mis experiencias e inquietudes, formule mis interrogantes. Aunque la feminista y la profesora, se interpongan de vez en cuando.

Por eso, comenzaré hablándoles del enfado. Del enfado de las niñas, y lo haré recurriendo a mi alter ego literario, Iholdi, una niña que tomó pequeñas notas de su vida cotidiana, allá por los años 80:

La diligencia

Hoy hemos estado jugando en el viejo coche abandonado que está en nuestra calle. Pello y los otros han propuesto que jugásemos a los indios y que el coche viejo fuera una diligencia. Que las chicas nos metiéramos dentro y que ellos nos atacarían...
-Y luego, ¿qué?
-Vosotras, cuando veáis a los indios, os desmayáis...
Y así lo hemos hecho.
Después yo he dicho que por qué no lo hacíamos al revés y Pello ha dicho que no. Que los chicos no se desmayaban. Y nosotras nos hemos enfadado, porque queríamos hacer de indios y a ellos les tocaba estar en la diligencia.
A final han dicho que bueno, que sí. Pero cuando los hemos atacado, han abierto las puertas y nos han respondido a tiros. Ninguno se ha desmayado y las chicas nos hemos vuelto a enfadar.
Con los chicos no se puede jugar.

Es evidente que la chiquilla estaba enfadada. Yo también lo estaba cuando era niña y creo que con toda razón. Para empezar, tuve que esperar a ir a la universidad para

¹ Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de París. En la actualidad es docente en la Euskal Herriko Unibertsitatea-Universidad del País Vasco. Escritora de literatura infantil y juvenil de gran proyección internacional, labor que fue reconocida con el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2003 y con su nominación al Premio Hans Christian Andersen en 2008.



tener chicos compañeros de clase. Mi educación fue la propia de un colegio religioso, en pleno franquismo, donde reinaba una atmósfera retrógrada y represiva. La lectura me proporcionaba una ventana para huir, para soñar, pero no me podía identificar con los personajes femeninos que a menudo encontraba: niñas pacientes, pasivas, sumisas... princesas indolentes, tontas y sobre todo sosas, muy sosas. Sí, debía estar muy enfadada porque robaba a mi hermano sus libros de aventuras, de intriga, de emoción, protagonizados por unos chicos de los que me prendaba como si de novios se trataran. ¡Qué rocambolesco camino psicológico tuvimos que hacer las niñas de mi generación, educadas en colegios religiosos, no mixtos, para identificarnos con los chicos que nunca seríamos y queriendo ser distintas de los modelos femeninos que se nos inculcaban! No fui nada original: yo también, de aquellas “mujercitas” de L.M. Alcott, elegí a Jo, que además quería ser escritora como yo.

Pero Iholdi es de otra generación. Ella, como Wendy, también decidió crecer y me pregunto si seguirá enfadada.

Me pregunto qué tal le irá con aquellos chicos que eran compañeros de clase, ahora ya convertidos en hombres. Si se escandaliza porque en lo que va de año, y escribo estas líneas en el mes de agosto de 2010, son 42 las mujeres asesinadas por sus parejas en el estado español, si ha firmado una petición de indulto para esa mujer iraní acusada de infidelidad a la que quieren lapidar y qué le parece que los talibanes ataquen a las escuelas de niñas en Afganistán, entre otras aberraciones. Si piensa que, en muchos lugares, sigue siendo un *handicap* nacer mujer, un riesgo injusto, y que, en nuestro entorno, bajo la apariencia de la igualdad entre los sexos se dan escandalosas discriminaciones laborales, sociales, culturales...

O Iholdi quizás piensa, como algunas jóvenes universitarias alumnas de mis clases, que no existe ninguna discriminación, que eso del feminismo es algo anticuado y rancio, olvidando que su situación actual es una conquista, el resultado de una larga lucha por la dignidad de la mujer.

No lo sé.

Por mi parte, debo confesar que, a veces, sigo estando muy enfadada y casi siempre preocupada con el tema del sexismo en la sociedad y en la literatura en particular. Porque aunque el papel que la mujer desempeña en nuestra sociedad ha evolucionado mucho, casi podríamos decir que ha sido espectacular, todavía los



modelos femeninos y masculinos que se presentan en los libros, los cómics, y todo el resto de manifestaciones culturales que se dirigen al público infantil y juvenil, continúan anclados en estereotipos sexistas. Recordemos el éxito actual y la profusión de obras de *chick literatura* que se editan y consumen hoy en día. Esa falsa creación de nuevos estereotipos sexuales que son los de siempre pero presentados bajo un nuevo maquillaje. La educación mixta es un hecho en todos los niveles educativos, pero la primacía de los valores masculinos no son cuestionados, las mujeres y las niñas deben hacerlos suyos, el universo femenino sigue siendo de segunda categoría.

Es por eso y porque el enfado es fructífero si no se convierte en amargura, muchos de mis primeros cuentos estuvieron protagonizados por personajes femeninos. Niñas con iniciativas, activas y valerosas. Y también por niños sensibles, intimistas y, generalmente calificados de raros. Pensaba, y sigo pensándolo, que el sexismo es también empobrecedor y negativo para los chicos, para los hombres. Para empezar se les niega el mundo de la afectividad, de la expresión y gestión de los sentimientos, valores característicos de lo femenino.

En cierta forma, participé en ese movimiento de un colectivo amplio de la sociedad, de mujeres, docentes, bibliotecari@s que quiso llevar a la literatura infantil y juvenil nuevos valores progresistas; una literatura infantil alternativa, que combatiera todo aquello que era discriminatorio para las mujeres. Ofrecer el protagonismo a las niñas y un divertido juego de cambios de roles marcaron aquella etapa donde la colección de álbumes de “A favor de las niñas” de Adela Turín fue un verdadero hito que sigue estando vigente hoy en día.

Mirando hacia atrás, en mi producción literaria aquella fue una etapa gozosa, casi fácil, aunque supongo que novedosa para la época ya que acabé harta de tener que dar explicaciones. En todas las entrevistas que me hacían, me preguntaban el por qué abundaban tanto en mis libros las protagonistas femeninas... algo que jamás se les pedía a otros escritores cuyos libros tenían protagonistas masculinos.

Más tarde, el protagonismo femenino dejó de ser un desafío y me atrevo a decir que se convirtió en un gancho casi comercial.

Pero para entonces, algo ya me inquietaba... Aún compartiendo aquellas buenas intenciones, la profusión de protagonistas piratas, futbolistas, brujas sabias, princesas superdotadas y lobos buenos, la inversión de roles, la idealización del mundo femenino,



el carácter utópico y un poco maniqueísta de ciertas obras me desazonaba. No tardé mucho en evolucionar hacia la búsqueda de la voz infantil femenina, una visión más matizada y compleja que la simple inversión de roles de las que “La diligencia”, el fragmento del libro *Iholdi* que les he leído, puede ser un ejemplo.

Sentía que la buena literatura no siempre es la que se hace con buenas razones, con contenidos progresistas fijados de antemano. Intuitivamente, guardaba mis convicciones feministas para artículos u otras manifestaciones no literarias, incluidos los compromisos políticos o educativos. La literatura era y es para mí otra cosa.

Recuerdo la alarma que suscitó en mí el extracto de un libro, *Fuera moldes*, que me pasaron: *Cómo escribir un cuento no sexista*. En aquel resumen adaptado se nos indicaban las características que debían tener nuestros libros si no querían ser sexistas:

- la distribución equitativa de personajes femeninos y masculinos que afectaba a títulos, citas e ilustraciones.

- la distribución equitativa de los distintos roles desempeñados por las mujeres y los hombres en el cuento.

- la distribución equitativa de los rasgos positivos y negativos en dichos roles.

- las normas sobre el aspecto físico y manera de vestir de los personajes.

- normas sobre sus cualidades y defectos intelectuales.

- normas sobre sus cualidades y defectos afectivos.

- normas sobre sus cualidades y efectos volitivos.

- y cómo evitar el sexismo en el vocabulario, en la gramática y en la sintaxis.

Quiero pensar que la asfixia y fastidio que sentí se debían en parte al hecho de tratarse de un extracto torpe y dogmático. Aquello nada tenía que ver con la literatura.

Es desalentador que parte de nuestros planteamientos de los años setenta y ochenta hayan desembocado en la llamada corrección política, un cierto fundamentalismo que ha promocionado una literatura plana, que evita los conflictos, que ejerce de censura, consecuencia, quizás, de una mala interpretación de la función pedagógica de la literatura. Ha habido autores que han denunciado la presión editorial al respecto, el miedo a escribir lo que imaginan, en una palabra: la falta de libertad. Tanto proteccionismo no es adecuado, no es compatible con el mundo de la creación. ¿Cuándo escribimos literatura no estamos poniendo en juego algo muy personal, algo de nuestro ser más profundo? ¿Se puede imponer el no sexismo con teorías desde fuera?



Desde entonces no he dejado de hacerme preguntas al respecto.

Me pregunto si en una sociedad sexista y patriarcal puede escribirse una literatura que no lo sea y hasta qué punto... sin que haya un gran desfase, sin que la ficción vaya por delante de los avances sociales, sin escribir, al fin y al cabo, un panfleto. ¿No será que, sencillamente, si sigue existiendo una literatura sexista es porque la sociedad sigue siéndolo por mucho que no nos guste?

Me pregunto si se puede escribir sobre lo que una no cree, sobre lo que no siente, lo que, en el fondo, no piensa... si una Ley de la Igualdad puede solucionarlo. ¿Bastan las buenas intenciones?

Me pregunto dónde está la libertad creativa, la necesidad de expresión y comunicación del autor/a de LIJ, su universo personal, su libertad en resumidas cuentas. ¿Basta a un escritor de LIJ con tener muy claros los valores que quiere transmitir, la función pedagógica de la literatura?

E intento responder, responderme, con sinceridad...

En mi caso, eso me lleva a replantearme qué es ser escritor/a en general y escritor/a de Literatura Infantil y Juvenil en particular.

Recordar que, entre otras cosas, esa literatura puede vehicular el mundo imaginario del autor, su necesidad de autoconocimiento, de expresión y comunicación. La forma que se vale de ella para adentrarse como un extraño, como un extranjero en el País de Sí Mismo. Y al afirmar esto, pienso en los grandes clásicos, en Lewis Carroll, en Antoine de Saint Exupéry, en James Barrie... A mí también la Literatura Infantil me ha ayudado a iluminar, a dar forma a aquello que ignoraba de mi misma pero que me habitaba. ¿Debo permitir que alguien o algo manipule, frene o cuestione ese proceso?

Ante este cúmulo de preguntas decido llamar en mi ayuda a tres voces sabias, voces amigas, tres damas admiradas de la literatura: Simone de Beauvoir, Virginia Woolf y Astrid Lindgren. Están acostumbradas a que las convoque a este tipo de encuentros; comenzamos tomando un té y a veces terminamos con un gintonic.

Simone de Beauvoir me recuerda que la mujer no nace sino que se hace. Echa por tierra la idea del patriarcado de que existe una esencia femenina. Que una cosa es ser biológicamente macho o hembra y otra el género, masculino/femenino, que es algo que se aprende, algo cultural e ideológico. Así pues, el género es el conjunto de normas diferenciadas para cada sexo que son elaboradas por la sociedad según sus necesidades



e impuestas a los individuos desde que nacen como modelo de identificación. De ahí se derivan los roles sexuales que serían el conjunto de tareas y funciones derivadas del género y atribuidas al sexo como propio al mismo.

Ante el tema de esta mesa redonda Simone de Beauvoir y yo estamos de acuerdo que el enemigo número uno es el estereotipo: esa idea que se repite y se reproduce sin variación, esa imagen uniformada común a los miembros de un grupo que no recoge las características individuales, que representa una idea generalizada que se impone como molde o cliché a los miembros del grupo al que se refiere, que están profundamente arraigadas hasta el punto de considerarlas como naturales y derivadas de la diferencia sexual.

El estereotipo no sólo es el instrumento del sexismo sino que es el mayor enemigo de la buena literatura, concluimos casi al unísono.

Virginia Woolf me recuerda que para escribir hacen falta una habitación propia y 500 libras. Sí, ya lo sabía. Un espacio y autonomía económica. Pero que al dinero y al espacio hay que añadir otro gran obstáculo: el escribir como mujer, lo cual según ella, supone, en cierta forma, olvidarse de su sexo. Sí, escribir como una mujer que ha olvidado que es mujer, insiste ella. Evitar la queja, la reivindicación, escribir a favor de cualquier causa por muy justa que sea. Hace suyos la reflexión del poeta Coleridge para el que el arte debe ser andrógino, opina que en el artista deben casarse los dos sexos, que todos tenemos algo de hombre y de mujer dentro de nosotros. Si no, aquello que escribimos, “por brillante y eficaz, poderoso y magistral que parezca un día o dos, se marchitará al anochecer” me susurra al oído.

Y yo me sonrío, porque la alusión a las flores que se marchitan me la vuelve a repetir la autora de *Pipa Calzaslargas*, Astrid Lindgren.

Ella también me recuerda las mismas palabras que utilizó en su delicioso libro *Mi mundo perdido* al dirigirse a un futuro autor de libros infantiles:

Escribe lo que te salga del alma y con ilusión. Tanto a ti como a los demás autores de obras infantiles os deseo libertad, aquella misma libertad que es natural para el literato que escribe para adultos y que le permite decir lo que quiere y como quiere. (...) piensa en tu libertad. Porque sin esa libertad, la flor de la poesía no tarda en marchitarse. Esté donde esté.

Estas excelentes amigas siempre tienen la capacidad de serenarme, siempre les agradezco que conviertan mi enfado en un gramo de lucidez y algo de sosiego.



Así que, cuando me dispongo a cerrar mi intervención en esta mesa redonda, sólo se me ocurre apuntar y ofrecer unas notas que tampoco quieren ser conclusiones ya que estamos aquí para intercambiar ideas.

La primera sería una constatación intuitiva. Quizás hemos sido ingenuas al pensar que unos cambios deliberados en la producción de la LIJ a favor de las mujeres eran conquistas irreversibles. Una ideología patriarcal y sexista milenaria exige una vigilancia y una lucha constantes. Hay que convivir con ese sexismo mientras seguimos luchando contra él. El estereotipo es el peor enemigo, no sólo del feminismo sino también, y sobre todo, de la buena literatura.

La segunda sería que la literatura en general y la infantil juvenil en particular reflejan los avances y lagunas del progreso social en la superación de la discriminación femenina de la sociedad. En este momento creo que estamos ante un momento de confusión, ya que el modelo femenino está construyéndose en un marco que sigue siendo ferozmente sexista, porque muchas mujeres y hombres están buscando, a tientas, referencias y realidades nuevas en un vaivén de avances y retrocesos.

Y para terminar, una tercera nota: si realmente creemos en la literatura, hay que volver a afirmar que no se puede escribir sin libertad. No se puede negar al autor/a el medio de comunicación y expresión de su universo. Hay que dejar que sea libre. Animarle a ello, porque quizás es una de las causas de que lo que escriba guste también a los niños o a los jóvenes, porque no son tontos y saben cuándo un autor/a no se encoge ni se achica para hablarles. Quizás habría que confiar más en la capacidad crítica de los lectores y sus mediadores sin caer en la tentación de hacer una literatura recortada, plana, llena de buenas intenciones que ni nutren ni sugieren, sólo aburren. Flores que se marchitan enseguida.

Bibliografía citada

LANDA, M. (1988), *Iholdi*, Donostia /San Sebastián: Erein, pp. 10-11. Versión euskera. // (2006), "Iholdi", en *Tres bichos raros*, Madrid: SM, col. Barco de Vapor, pp. 54-55. Versión en castellano

LINDGREN, A. (1985), *Mi mundo perdido*, Barcelona: Juventud, p. 80.

WOOLF, V. (1967), *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, p. 143.

